

El lector habrá podido sospechar ya el origen de aquellos socorros, que desgraciadamente llegaron tarde para salvar á Saturnino, aunque á tiempo y muy oportunamente para evitar una degollina y una mortandad, que la embriaguez del matador, tan fácil de excitarse, hubiera convertido en espectáculo sangriento y espantable.

En el momento mismo que Laertes ordenaba que se siguiese el consejo homicida dado en el templo por una voz desconocida, corrió Cilo al palacio del juez ó pretor que gobernaba la colonia y la ciudad de Tolosa, á quien formuló la denuncia de que Laertes habia ordenado la muerte de un ciudadano, sin que éste hubiera sido acusado de ningun crimen que le fuera probado, y sin permitirle tampoco el derecho de la defensa y de la apelacion, para ejercerlo ante la justicia de los únicos y verdaderos magistrados de la ciudad.

Así es que Laertes, que ya estaba aterrorizado con lo que acababa de pasar, y que ademas habia visto con extrañeza que su nombre no habia sido aclamado por el pueblo, como se lo habia prometido y anunciado Cilo, quedó estupefacto cuando á los pocos momentos vió penetrar en el mismo templo á los lictores del pretor, que le intimaron que se diese preso por orden del tribunal.

Pero cuando Laertes llegó al colmo de la sorpresa fué al oír de qué crimen se le acusaba y al serle presentado su delator, quien declaró en su presencia que formulaba aquella acusacion para vengar la muerte de Saturnino. La limitada inteligencia del gran sacerdote no sabia darse cuenta de lo que pasaba, extraviándose en el laberinto de la horrible trama en que se veia envuelto.

IV.

Hasta el anochecer de aquel infausto dia, la ciudad de Tolosa, aprisionada dentro de su propio terror, presentó el aspecto tétrico y sombrío que distingue y revela al culpable inmediatamente despues de cometido el crimen. Todos los habitantes permanecieron retirados en sus albergues, sin que se notase por las desiertas y solitarias calles de la poblacion el más pequeño movimiento. Parecia como que esperaban el resultado de los sucesos que habian tenido lugar, y nadie se atrevió á salir de su casa ni á dedicarse á sus habituales trabajos. Perseguidores y perseguidos no se ocupaban más que en meditar sobre la suerte de Saturnino. El dolor y la afliccion de los discípulos de este virtuoso prelado aumentaba y crecia, por efecto de la incertidum-

bre en que se encontraban, ignorando cuál podría ser el paradero del cuerpo del apóstol: el arrepentimiento de los verdugos, por otra parte, aumentaba y crecía también, al considerar la injusticia de aquel martirio, cuya inutilidad empezaron desde luego á reconocer.

Sólo se percibía de cuando en cuando por las calles el lúgubre galopar de algun soldado de caballería, portador de alguna órden, y aquel único ruido, por muy lejano que se oyese, sembraba el miedo y el pavor en todos los hogares, porque á cada cual se le figuraba que podía ser la órden de su propia prision.

El terror fué tan grande, que llegó la noche sin que nadie hubiera salido de su casa y sin que los cristianos pensasen siquiera en reunirse para deliberar. Mientras que los discípulos de Saturnino estuvieron en la iglesia, fortificados los unos con la presencia de los otros, hubieran todos arrostrado cuantos peligros les amenazasen, y hasta hubieran desafiado á la misma muerte. Hasta tal punto se habian considerado estar ante el mismo Dios, con cuya divinidad iban á comunicarse por virtud de la Eucaristía y de las ceremonias de la solemne fiesta que conmemoraban en aquel dia, que el sentimiento exaltado de un religioso deber les habia sobrepuesto á

todos los vanos temores de la tierra, sosteniéndose en ellos este santo valor mientras se vieron frente á frente con el peligro.

Despues que se hubieron separado, y cuando cada cual estuvo retirado á su hogar, fué cuando comenzó á debilitarse poco á poco aquel sentimiento colectivo, en que dominaba el espíritu del cristianismo y de la religion sobre el instinto de la vida y de la propia conservacion, haciendo de ellos ántes cristianos que hombres. En las calles y en la plaza, ante sus perseguidores, los más fuertes habian infundido valor y confianza á los más débiles, sosteniéndoles el ánimo; mas en el seno de las familias y en el apartamiento de sus respectivas moradas, allí fueron los débiles quienes domoñaron la animosidad y el valor de los más fuertes, no venciendo á éstos por la violencia, sino estrechándolos cariñosamente en sus brazos y besando sus manos, ó cayendo de rodillas ante ellos, para rogarles que permaneciesen al lado de la familia. Así triunfaron, por una parte, las atribuladas esposas, las jóvenes y los tiernos hijos, á quienes era forzoso abandonar, cuyos seres amados se interponian para cerrar el camino á los deseos de cumplir un nuevo deber; ó ya fué la desesperacion y el llanto de una madre anciana ó de un

padre enfermo lo que contuvo á otros, dominando en todos los casos el sentimiento del cariño y del parentesco.

Un cruel remordimiento se apoderaba, no obstante, por igual, de todas las conciencias: Saturnino, el virtuoso pastor, habia muerto, ofreciendo su martirio en holocausto á la religion de todos, y no habia habido ninguno que tuviera valor y resolucion bastantes para salvar, o proteger, al ménos, el cadáver de aquella víctima. Cada cual esperaba, lleno de rubor, que otros, más devotos ó ménos cobardes, cumplirian un deber que lo era de todos.

¿Qué habia sido entre tanto del cadáver de Saturnino? Yacia en el mismo lugar donde, por haberse roto la cuerda del toro, habia quedado abandonado. Ni amigos ni adversarios se habian atrevido á levantarle. El magistrado que hubiera debido cumplir con aquel deber de su cargo no habia querido hacerlo; porque levantar aquel cadáver, para disponer su inhumacion de una manera decorosa, hubiera sido una demostracion de respeto á los cristianos y una especie de fallo acusador contra el pueblo, á lo cual no se atrevia el tal magistrado; no determinándose tampoco á disponer que fuese arrojado á las gemonias, porque este mandato hubiera significado que se asociaba y se hacia cómplice

en el crimen cometido por el pueblo contra un hombre cuya virtud inspiraba veneracion y respeto aún á aquellos que no profesaban su religion.

El edil que patrullaba por las calles de la ciudad precedido de sus lictores, al pasar cerca de aquel cadáver, apartó de él la vista y apresuró el paso. Creia que los cristianos se apoderarian de aquellos mortales despojos, que debian ser sagrados para ellos, y abandonó á otros el compromiso ó peligro de darle una honrosa sepultura, por no atreverse tampoco á inferir nueva injuria y profanacion sobre los restos ensangrentados de aquel mártir.

El cadáver de Saturnino hubiera sin duda quedado expuesto á los ultrajes de sus verdugos, á pesar de las esperanzas y de los cálculos del edil; porque éste suponía en sus discípulos un valor que aquéllos ciertamente no tenían. Ese valor habia huido del corazón de todos los varones esforzados y de la colectividad de todas las familias, y habia ido á refugiarse bajo el techo humilde de dos virtuosas doncellas, casi abandonadas en el mundo, huérfanas, sin parientes, sin amigos y hasta sin afecciones; porque no puede llamarse afeccion el público interés que inspiran los que practican la virtud, quienes, fuera de sus moradas, aspiran una atmósfera de consi-

deraciones y respetos que regocija el alma y le sirve de estímulo, quedando luego sumidos en la más triste soledad y aislamiento, cuando, traspasado el umbral de sus viviendas y al llegar la hora en que hablan al corazón los dolores ó las alegrías, no tienen con quien consolarse de aquéllos ni á quien hacer partícipes de éstas.

¿Pudiera creerse que por ser dos hermanas Sidonia y Valeria representaban la una para la otra esa clase de afecciones tan agradables á nuestra existencia? De ningún modo; pues hay que observar en ciertos casos las extrañas contradicciones del corazón humano. La completa union de dos existencias por la uniformidad de deseos, por la armonía de opiniones, por la identidad de gustos y por la igualdad de las esperanzas, constituye al fin una sola existencia con el aislamiento de dos personas.

Hé ahí por qué, teniendo Valeria y Sidonia una misma virtud, una misma resignacion, un mismo dolor y una misma esperanza, eran una sola alma en dos distintos cuerpos.

Así es que cuando con la identidad de sus pensamientos resolvieron á un punto visitar y reconocer los sitios en que habia tenido lugar el martirio de Saturnino, ninguna de ellas se alarmó, ni tuvo miedo, por

los peligros que pudieran amenazar á la hermana, ni la una intentó siquiera contener á la otra; y como quiera que Verónica ya hacia rato que se hubiera retirado á descansar, nadie pudo hacerles observar que ofrecian un heroico y sublime acto de valor y caridad á la consideracion del mundo y al respeto de los siglos venideros. Solas ante Dios y sus conciencias, no teniendo más consejo que el de la inspiracion divina, todo les pareció fácil, y salieron silenciosamente de su modesta casita, marchando sin concertar de palabra ningun proyecto, pero retratándose en los rostros de ambas la tristeza al par que la tranquilidad de una santa resolucion.

A un dia tan funesto habia sucedido una noche plácida y serena, alumbrada por el pálido resplandor de la luna. Era la media noche, y parecia como que hasta la misma naturaleza reposaba dormida por el cansancio de aquel dia de tumulto y de horrores. Todo estaba en calma, y el más absoluto silencio reinaba en la ciudad de Tolosa, prestando así mayor misterio á la peregrinacion de las dos jóvenes, que, marchando unidas, se dirigieron hácia la plaza del Capitolio. Juzgando á los demas con el mismo valor y la misma fe que alentaba en sus corazones, creyeron que al llegar á ese lugar encontrarían allí á muchos de sus

hermanos. Mas al observar que no veian á nadie en su camino, empezaron á llenarse de alarma, acusando, no á los cristianos ausentes, sino acusándose á sí mismas por su propia tardanza.

— Llegaremos demasiado tarde — dijo Valeria en voz baja — y no podremos acompañar los restos del santo mártir, que ha dado hoy su vida por la fe de nuestra religion.

— Tienes razon — respondió Sidonia; — procurémos caminar más aprisa.

Ambas apresuraron su marcha, examinando al paso las puertas de aquellas silenciosas moradas, por delante de las cuales caminaban, y esperando ver salir de ellas alguno que con furtiva y veloz carrera las siguiese y las adelantase. A nadie vieron, nada oian, y las dos jóvenes se miraron la una á la otra medio abochornadas, porque aquellas almas virtuosas que tenian el raro valor de cumplir solas los deberes de todos, creian hacer tan poca cosa, que se avergonzaban de haber podido faltar á tan sagrada obligacion. Bajo estas impresiones de arrepentimiento, de afan y de angustia, llegaron por fin á la plaza del Capitolio.

Las blancas columnas peristilicas de los templos paganos, que rodeaban el Capitolio, se destacaban como una legion de fan-

tasmas ante los ojos de las dos hermanas; pero la plaza estaba desierta y silenciosa como las calles.

Por un momento las dos jóvenes se sintieron sobrecogidas de temor y espanto. El misterio y la soledad de la noche causa pavor é impone miedo áun á los corazones más esforzados y más indiferentes; pero esta vez no debia ejercer por mucho tiempo su influjo sobre el espíritu de aquellas dos vírgenes, que se aprestaban á luchar, si fuera preciso, contra los dioses infernales que habitaban en aquellos templos, y que hasta entónces aparecian vencedores, si no de la fe, sobre la vida al ménos de su más temible antagonista.

Lo que más contribuyó á sostener el valor de Valeria y de Sidonia fué quizás el arrepentimiento y el pesar que sentian por la falta de que se creian culpables. Las dos hermanas se acusaban de haber llegado tarde para tributar á Saturnino los fúnebres homenajes que juzgaban haberle ya tributado los demas cristianos, y querian remediar en lo posible aquella falta, uniéndose y asociándose á sus hermanos. Así, pues, lo primero que procuraron fué calcular cómo podrian encontrarlos.

Un solo vestigio podia guiarlas por el camino de sus indagaciones, y ese vestigio no podia ser otro sino el rastro de sangre

de la víctima. Ellas sabían que Saturnino, para el triunfo de su santidad, había salido del templo de Júpiter, y subieron resueltamente por las gradas de aquel templo. Sus cuerpos se estremecieron al pisar aquellos mármoles sacrílegos, pero bien pronto se sintieron fortalecidas por una santa inspiración y creyeron que Dios no las abandonaría; porque, en efecto, habían visto sobre esos mármoles algunas gotas de aquella sangre preciosa.

El primer cuidado de ambas fue recoger y secar con sus mantos aquella sangre, que no querían dejar expuesta á que se confundiese y mezclase con el polvo y el fango que bien pronto había de cubrir aquellos lugares. Así continuaron borrando aquel rastro de sangre y recogiendo de trecho en trecho los girones y despojos ensangrentados del horrible suplicio que no habían visto, pero que adivinaban en todos sus detalles, quedando pasmadas de que se les hubiese dejado recolectar tan preciadas reliquias en un campo que juzgaban sagrado ya por sus hermanos.

Por aquella sangrienta vía, en la cual se detenían con frecuencia para rezar algunas oraciones, y que recorrieron de rodillas casi en toda su extensión, llegaron por fin al ángulo de la calle donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Al verle solo, absolutamente solo, y al observar aquel sitio abandonado y desierto, se dirigieron una recíproca mirada con la cual quisieron expresarse su sorpresa y su amargura, pues no se habían imaginado siquiera que los cristianos fueran capaces de una tan grande ingratitud.

— ¡Es decir, que ninguno de sus discípulos ha venido! — exclamó Sidonia.

— ¡Tened piedad de ellos, Dios mío! — añadió Valeria elevando las manos al cielo.

— Quizás la misericordia divina, en su alta sabiduría, considere que no son tan culpables como sospechamos nosotras.

— Sí; pero el fallo de los hombres en la tierra los castigará con el desprecio, y la indignación de los cristianos de todos los países de la tierra pesará sobre ellos.

— También podremos evitar nosotras que así sea, hermana mía — dijo Valeria — si Dios nos concede las fuerzas necesarias para retirar de aquí este sagrado cadáver.

— Dices bien; á nosotras nos toca borrar las culpas de nuestros hermanos. ¿Será el Señor quien nos encomienda esta misión?

— No debemos vanagloriarnos de tan santa distinción ántes de haberla merecido. Si por ventura Dios nos hubiera destinado á cumplir con este sagrado deber, será sin duda para demostrar que basta solamente su voluntad para dar fuerza á los débiles.

Bajo la inspiracion de tan modestas y santas intenciones probaron á ver si podian suspender el cadáver y trasportarlo, pero les faltaron fuerzas. Tirando de la cuerda con que estaban amarrados los piés de Saturnino hubieran podido conducirle arrastrando; pero esto, aun ejecutado con el buen deseo de sustraer aquellos restos inanimados á los insultos ó á la profanacion de sus enemigos, les pareció que era tanto como continuar el tremendo sacrilegio cometido contra la persona del pastor.

Para las inteligencias y para los corazones en que domina la fe tienen favorable explicacion todas las cosas que suceden. En aquellas circunstancias el obstáculo que se les presentaba á las dos jóvenes lo consideraron éstas, no como una imposibilidad, sino como un aviso ó revelacion divina; y por consiguiente, por efecto de aquella fe, creyeron que ellas debian poder todo lo que Dios quisiera, y que no pudiendo conducir el cadáver por carecer de fuerzas materiales para ello, era porque Dios no queria que se le trasladase á ningun otro lugar.

—Hermana mia—dijo Valeria—estos sagrados restos deben quedar aquí como testimonio augusto y eterno del santo martirio que aquí mismo se ha cumplido.

—Así debe ser indudablemente la volun-

tad del Señor—contestó Sidonia;—¿pero deberán quedar expuestos á la lluvia, á la intemperie, á la profanacion de los transeuntes y á la voracidad de algunos perros hambrientos?

—Veamos si podemos abrirle una fosa en este mismo sitio.

—¿Por qué sepultarle bajo la tierra? ¿No sería mejor elevarle una tumba?

—Ciertamente es Dios quien te ha inspirado semejante idea, y así lo creo. ¡Oh, pídale ahora que nos ilumine y que nos conceda fuerzas para mostrarnos que aprueba nuestra empresa y nos presta su ayuda!

Las dos hermanas cayeron de rodillas, elevando sus oraciones al cielo, y despues de una ferviente y breve plegaria se pusieron de pié. En seguida empezaron á trabajar para formar sobre el cadáver una especie de bóveda, con el monton de piedras y ladrillos donde se habia sujetado y roto la cuerda del suplicio. Tomando con sus delicadas manos ó haciendo supremos esfuerzos para rodar aquellos pesados cantos, fueron sobreponiéndolos y construyeron así un muro todo alrededor del cadáver y como de dos piés de altura: luégo fueron colocando encima las piedras más largas que habian reservado para el cerramento, cargando sobre ellas muchas otras más pe-

queñas, y á fuerza de fatigas y trabajos lograron cubrir el todo con ladrillos y pedazos de pizarra, no echando de ver que las rendia el cansancio, sino cuando estuvo terminada su obra.

—Ahora—dijo Sidonia— es necesario que nos retiremos de este sitio.

—Sí—contestó Valeria;—pero ántes debemos descansar algunos momentos, para orar en accion de gracias al Señor por el auxilio que nos ha prestado, concediéndonos fuerzas para ejecutar lo que hemos hecho.

Con todos los sentidos puestos en aquella santa y penosa faena, no pudieron notar que un hombre se habia deslizado en la sombra, hácia la esquina opuesta, y que allí, ocultándose entre unos maderos que estaban apilados en el suelo, las habia estado espiano y observando con su acostumbrada perseverancia.

Tal vez hubieran ellas podido ver aquel hombre cuando concluyeron su trabajo; pero tan pronto como se hubieron sentado al pié del monumento que acababan de construir, las rindió el sueño y se durmieron con las cabezas apoyadas sobre las piedras que protegian el cadáver del santo mártir.

El lector habrá adivinado ya que aquel espía debia ser Cilo, y él era en efecto. Este

ser malvado, previsor y astuto, calculó que habia de encontrar algunos cristianos que intentasen apoderarse del cadáver de Saturnino, y habia acudido, como el cazador que ha dejado puesto el cebo, para sorprenderlos y conocer el número y los nombres de las víctimas que cayesen en la trampa. No pudo ver más que á las dos hermanas, lo cual era bien poca cosa y no le ofrecia grandes lucros; pero tenia ocasion y asunto para formular una nueva delacion, y esto siempre le proporcionaba un placer, fueran más ó ménos las utilidades que le reportase.

Tan pronto como las vió dominadas por el sueño corrió el infame Cilo á la morada del pretor, á quien le denunció todo cuanto habia visto. Aquella autoridad acogió con bastante repugnancia la acusacion; pero no se atrevió á rechazarla ni á desatenderla, porque el servilismo de la ley obligaba á los magistrados á proceder en juicio por virtud de cualquiera delacion, siempre que á uno de esos miserables delatores de profesion se le antojase inventar un crimen ó revelarlo. Así pues, el pretor llamó á sus lictores y se encaminó al sitio donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Cuando el magistrado llegó á dicho sitio encontró ya reunido un número conside-

rable de ciudadanos, que habian ido acudiendo al despuntar el día y que formaban un círculo compacto al rededor de aquel sagrado monumento. Algunos eran cristianos, y los más de ellos profesaban la religion pagana; pero lo mismo unos que otros permanecian todos inmóviles, guardando un respetuoso silencio al lado de aquella tumba protegida y defendida por el sueño de las dos virgenes.

Al contemplar el pretor aquel místico y conmovedor espectáculo se detuvo como los demas ciudadanos, guardando como ellos silencio, y desarmado de todo valor para turbar aquel santo sueño. Todos los corazones sentíanse dominados por un profundo sentimiento de admiracion.

Al cabo de un gran rato, cuando ya todo el pueblo de Tolosa habia acudido á aquel lugar, se despertaron las dos hermanas y se pusieron de pié, dirigiendo una mirada sobre la muchedumbre que las contemplaba. No pudiendo ellas explicarse ni la presencia de aquellas gentes, ni el silencio que las rodeaba, se cogieron de las manos, y sin preocuparse ni intimidarse por la suerte que les estuviera reservada, marcharon con la frente erguida y la vista inclinada, tomando el camino de su modesta casita. El pueblo se separó, abriendo calle, para dejarlas pasar; los cristianos se arrodillaron;

los paganos inclinaron las cabezas; el pretor las saludó conmovido, y los lictores rindieron sus faces.

A los pocos dias veíase construida una nueva bóveda, bien fuerte y bien cimentada, que cubria el sepulcro y el monumento levantado por las débiles manos de las dos santas virgenes, que así las llamaban en Tolosa (1), porque estaban consideradas como santas á los ojos de todo el mundo.

Algunos siglos despues edificóse allí mismo un magnífico templo, que se llamó la Capilla del Toro; pero los restos de Saturnino fueron trasportados y depositados más tarde en la iglesia que lleva el nombre del santo mártir de Tolosa

(1) *Saintes Pucelles (Sanctæ puellæ).*

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Los Romanos (<i>conclusion</i>).— V.	5
VI.	25
VII.	43

CUARTA ÉPOCA.

Los Cristianos.— I.	83
II.	109
III.	134
IV.	149

FIN DEL ÍNDICE.

